

Dolle, Verena (ed.).  
*La representación de la conquista en el teatro latinoamericano de los siglos XX y XXI. Teoría y práctica del teatro.*  
Hildesheim: Georg Olms Verlag. 2014.

Víctor Valembois  
Universidad de Costa Rica  
valembois@ice.co.cr

Una editora alemana (Olms Verlag, 2014) nos reúne como comensales a un banquete crítico respecto de producciones teatrales en América Latina. Christoph Müller, también alemán y funcionario de otro órgano abarcador de toda la realidad subcontinental latinoamericana, el Instituto Iberoamericano de Berlín, se encarga del respectivo capítulo brasileño que con frecuencia queda aparte. En medios hispanos, quinientos años de aplicación práctica del Tratado de Tordesillas de 1494, suelen incidir para olvidar Brasil, coloso en sí en la masa continental americana.

Este conjunto de estudios merece aplauso como tal. Vale la pena además subrayar la circunstancia: pese a que ya nos distancia más de una década del aniversario del “descubrimiento” de “América”, todos los estudios giran en torno a aquel memorable choque de culturas iniciado en 1492. Era hora

de agrupar bajo ojo crítico producciones teatrales al respecto: acierto mono-temático, evaluado en producciones nada monocordes. Sobre una cantidad considerable y grandemente desconocida de creaciones escénicas, no menos de 18 trabajos sustanciosos profundizan en el debate acerca de lo festivo o luctuoso de quinientos años de “encuentro” trasatlántico.

En una significativa introducción, Verena Dolle aborda un tema que se presentará casi en todos los trabajos posteriores: en el siglo XX se presenta la ruptura del modelo eurocéntrico que había visto como natural. El que escribe, siendo europeo también, y con más de cuatro décadas en América Latina, percibe y aplaude esa evolución, no sin subrayar que el alejamiento de ese modelo unidireccional tampoco es resultado únicamente de tendencias liberadoras en el Nuevo

## ■ Documentos y testimonios

### Reseñas

Mundo. El mismo colombiano Buenaventura, estudiado por varios críticos (Chen, Ramírez y Rodríguez, entre otros), no habrá sido quien fue, crítico del acontecer histórico de su subcontinente, sino a partir del pensamiento europeo, interno, de Marx. En el Viejo Continente, un tanto a la zaga de él estuvieron por ejemplo Pierre Loti, novelista francés, con más de un escrito anti-colonial, y a fortiori el en género no ubicable holandés Eduard Douwes Dekker (“Multatuli”), con su “Max Havelaar”, ahora un sello muy connotado de calidad.

Para la misma América Latina, ya que tantos estudios críticos (Chen, Hopkins, etc.) refieren a la figura polémica de las Casas, en el libro resulta oportuna la desmitificación del personaje haciendo de él un inventor *avant la lettre* del “buen salvaje”, de Rousseau. Chen, Dolle y otros muestran la bipolaridad (en varios sentidos) en él, entre otros respecto de los asesores flamencos de Carlos Quinto. En tal contexto, siento la necesidad, aunque sea de mencionar sin más, a Francisco Marroquín, contemporáneo y coterráneo de don Bartolomé, que bajo sello espiritual católico manejaba un pensamiento muy esclarecedor en esos tiempos de choques de culturas... Por desgracia estos continúan y hasta se agravan, precisamente porque al contrario de lo que entre otros busca el volumen en exégesis, entre otros en el estudiantado y en

el espectador falla cada vez más una visión sólida con base en estructuras horizontales (geográficas) como verticales (históricas).

En los textos dramáticos analizados se observa un romanticismo pro-americano y pro-indígena por lo que se corre el riesgo de caer en un fenómeno pendular. Contra este, los estudios en cuestión ayudan a superar entonces un grave peligro: el de montar una leyenda rosada, puramente pro-americana-indigenista a continuación de la leyenda negra pro-europea, anti-española que contribuyó a provocar de las Casas.

Otro rasgo peligroso de la película en blanco y negro que felizmente desacreditan los autores de esos ensayos, es la mirada sobre la realidad colonial, específicamente el siglo XVI, con ojos finiseculares del XX o ahora, en el naciente XXI. ¿Cómo ver bajo un mismo peine interpretativo las leyes de guerra de la época colonial (y hasta la misma Segunda Guerra Mundial) con los ojos de ahora, empeñados en construir un mundo mejor a partir de la posterior Declaración de Derechos Humanos? Téngase bien: esta apenas tiene algo más de medio siglo. (Lorenz aborda el caso aplicado a Argentina). Igual vale, por supuesto, para el concepto evolutivo de relación genérica: ¿es absurdo, como lo hacen dramaturgos de hace apenas unas décadas, pretender que la Malinche sea una

mujer liberada del Segundo Sexo, al estilo que lo describió Simone de Beauvoir? Falta enormemente, y cada vez más, una visión en diacronía: los estudios del volumen bajo exégesis cumplen con enderezar esos graves entuertos de perspectiva. El crítico Checa Puerta lo ve de la siguiente manera: “el *aquí y ahora* del hecho teatral sobresale e impregna un *aquí y ahora* históricos. Se prefiere la presentación a la representación.”

¡Ojo! Como apunta Beatriz Pastor (citada por Rodríguez) es crear otro discurso mistificador, otra sarta de estereotipos, esta vez cien por ciento pro-indígenas, pero igual de unilateral-erróneo. Eduardo Galeano reconoció haber caído en esa misma simplificación: poco antes de morir confesó que su, por lo demás muy revelador estudio, “Las venas abiertas de América”, resultó de un excesivo impulso juvenil y que de haber sido posible, más tarde habría matizado muchas de sus reflexiones virulentamente anti-europeas. Por eso es útil que en los estudios críticos ahora presentados se emprende una visión no tan simplificada en cara o cruz: por ejemplo, tanto en el norte mexicano como en el sur peruano, la victoria del puñado de invasores solo resultó posible por la tremenda rivalidad interna que prevalecía en el respectivo campo indígena (ver Dolle, Duvaric y Hopkins).

Por su misma conformación heterogénea de especialidades y de ubicación geográfica a cada lado del Atlántico, el libro supera felizmente ese hándicap. No sirve la multiculturalidad epidérmica, sino la heterogeneidad constructiva, de constante interrogación mutua: es la consigna y el logro de este estudio. Con ello se supera un escollo que lamentablemente veo que (con menor grado en Costa Rica: ver Floeck) se agranda entre almas simples respecto de la relación con Europa, desde México hasta la Patagonia: en el Occidente de Occidente, no es raro oír cada vez más voces negativas respecto de la simple palabra “Europa”, todo a partir de una lectura y una digestión demasiado elementales de las relaciones históricas entre ambos lados del Atlántico. Dejemos la dicotomía simplificada, la *heroización* de los buenos (“nosotros”, los americanos, supuestos descendientes de indígenas, como raza única y pura) frente a los bribones intrínsecamente perversos (la Malinche, Colón, Cortés, etc.). El rencor nunca ha sido productivo porque deforma, a partir de una mirada bloqueada en el pasado. Construyamos una percepción unívocamente humanista, pero tan heterogénea como los colores del arco iris, en el mismo planeta.

